



Comentario bibliográfico

Weiss, Holger (ed.): *International Communism and Transnational Solidarity. Radical Networks, Mass Movements and Global Politics, 1919-1939*, Leiden y Boston, Brill, 2017.

Sebastián M. Cacciatore

Universidad Nacional de Tres de Febrero / CONICET

smcacciatore@gmail.com

Fecha de recepción: 30/11/2017

Fecha de aprobación: 05/12/2017

Los trabajos compilados en este volumen por Holger Weiss procuran dar cuenta de la estructura y trayectoria de una serie de organizaciones periféricas establecidas por la Internacional Comunista (IC) y la Internacional Sindical Roja (ISR) durante el período de entreguerras. Concebidas inicialmente como plataformas para la articulación de redes de solidaridad globales y —a la vez— como canales para la difusión de propaganda soviética, dichas organizaciones constituían puntos cruciales del “sistema solar” comunista. Su análisis detallado sólo se ha vuelto posible, sin embargo, tras la apertura de los archivos soviéticos a comienzos de los años noventa: fue recién a partir de entonces que pudo emprenderse la recuperación de estas historias perdidas del internacionalismo del siglo XX. Cabe destacar, en este sentido, que esta compilación representa uno de los primeros esfuerzos de sistematización de los proyectos de investigación en curso sobre aquellas organizaciones de

masas que prefiguraron —a menudo en tensión con los partidos comunistas y aún con sus direcciones soviéticas— una amplia, heterogénea y finalmente fallida “Internacional de la Cultura”, al decir de Bernhard Bayerlein (p. 31).

En particular, esta obra colectiva recoge estudios detallados sobre cinco formaciones específicas. El artículo de Gleb Albert da cuenta de la sección rusa del Socorro Rojo Internacional (MOPR); Kasper Braskén indaga, por su parte, en la experiencia de la Ayuda Internacional de los Trabajadores (IAH); Fredrik Petersson reconstruye la historia de la Liga Contra el Imperialismo (LAI); y Holger Weiss explora, a su vez, los avatares de la Internacional de Trabajadores Marítimos y Portuarios (ISH) y los del Comité Sindical Internacional de Trabajadores Negros (ITUCNW). El citado Bernhard Bayerlein aporta, por su parte, un estudio introductorio en el que adelanta una útil tipología de estas formaciones, al tiempo que subraya problemas y abordajes comunes y cifra valiosas claves interpretativas.

Es importante resaltar que la naturaleza del objeto recortado por estos investigadores plantea una serie de cuestiones metodológicas de primer orden. Ante todo, la dimensión transnacional del mismo los obliga a reconsiderar la historia del comunismo desde el punto de vista de la historia global. Estas organizaciones son comprendidas aquí, en efecto, no ya como simples instrumentos del Kremlin —como lo quiere un reduccionismo propio de una literatura ya entrada en años— sino como estructuras ambiguas y complejas que operaban, ciertamente, en el marco de la IC y de la ISR, y que eran dirigidas —en general de manera encubierta— por una fracción comunista, pero que disponían, al menos hasta comienzos de los treinta, de un margen de autonomía nada desdeñable, y de una flexibilidad que les permitía construir redes entre los puntos más remotos del globo. En este sentido, los autores han podido concebirlas como antecedentes directos de los nuevos movimientos sociales y de las ONGs, cuyo surgimiento suele situarse en la segunda mitad del siglo XX.

Desde esta perspectiva, el período de entreguerras se descubre como tierra fértil para el desarrollo de iniciativas humanitarias, antibelicistas, anticoloniales y antiimperialistas de importancia decisiva para la emergencia de una conciencia política transnacional y, por lo tanto, para la formación de la comunidad global contemporánea. En estos términos, los estudios aquí reunidos

han debido ser, por fuerza, interdisciplinarios, integrando perspectivas y aportes conceptuales procedentes de distintas áreas: la literatura específica sobre ONGs y nuevos movimientos sociales; la sociología política; la historia de las comunicaciones; la historia política e intelectual de las izquierdas; los análisis de redes; los estudios postcoloniales; y las reflexiones sobre la memoria colectiva, entre otros.

Este nuevo enfoque permite superar, pues, cierta “visión de túnel” de la Guerra Fría y redescubrir figuras clave, a menudo marginalizadas o distorsionadas por la historiografía clásica, como Willi Münzenberg —el activo organizador y referente de la IAH, de la LAI y de muchas otras iniciativas solidarias durante el período de entreguerras— o George Padmore —secretario de la ITUCNW, que tras su expulsión y ruptura con el comunismo se convertiría en un referente de primera línea del panafricanismo—. A su vez, al situar el desarrollo de estas organizaciones internacionales en un campo de fuerzas signado desde fines de los años veinte por la creciente estalinización del movimiento comunista —entre el giro ultrasectario del “Tercer Período”, en 1928, y la no menos forzada acrobacia del VII Congreso, en 1935— estos abordajes permiten dar cuenta de su progresiva pérdida de autonomía y, finalmente, de su declinación y liquidación.

Los trabajos compilados por Weiss revelan, en particular, significativas tensiones entre estas iniciativas y los centros de poder soviéticos. Gleb Albert advierte en su artículo sobre la sección rusa del Socorro Rojo Internacional (MOPR) —importante organización de masas abocada a la movilización de sectores extrapartidarios a través de campañas solidarias a favor de los presos políticos en Occidente— la emergencia de contradicciones entre las actividades de la misma y la progresiva nacionalización del régimen comunista soviético bajo la consigna del “socialismo en un sólo país”. Según el autor, la evidencia existente permite afirmar que el partido veía en el notable crecimiento de la MOPR —entre cuyos activistas se contaban aún muchos “viejos bolcheviques”— una potencial amenaza, y que por ello se implementaron diversas resoluciones destinadas a coartar su desarrollo. Ya hacia fines de los veinte, esta organización procuraría legitimar sus operaciones ante Stalin presentándose como una simple escuela de cuadros y consagrándose a la defensa del plan quinquenal.

En sus dos artículos, Kasper Braskén subraya, por su parte, los esfuerzos de la Ayuda Internacional de los Trabajadores (IAH) tendientes a la construcción de un imaginario global a través de campañas de concientización humanitaria, antibelicista y antiimperialista. El autor subraya la articulación de redes transnacionales que se extendían mucho más allá del campo comunista para incluir a numerosos intelectuales de gran renombre, y se detiene en el innovador empleo de nuevos medios de comunicación y de una estética vanguardista para acercar su mensaje a las masas. Braskén también da cuenta de la importancia de Berlín como centro organizativo de la IAH y de Willi Münzenberg como principal ideólogo y artífice de estas iniciativas. Asimismo, se indaga aquí en las frecuentes fricciones entre la IAH, los partidos comunistas nacionales y otras organizaciones en la órbita de la IC, y se arroja luz sobre su desarticulación hacia 1935, como así también sobre la posterior expulsión y excomunión de su principal referente hacia fines de la década.

Fredrik Petersson dedica asimismo un estudio a la Liga Contra el Imperialismo (LAI), creada en 1927 en el marco del Congreso de Bruselas —impulsado por la IAH, a instancias del comunista indio Manabendra Nath Roy— con el propósito de tender un puente entre la IC y los movimientos nacionalistas emergentes en el mundo colonial. Una vez más, Petersson destaca la necesidad de problematizar el vínculo entre esta organización y la IC, evitando presentarlo en términos de una pura instrumentalidad. Como señala el autor, las actividades de la LAI pueden resumirse en tres puntos: la coordinación de campañas contra el colonialismo y el imperialismo, el establecimiento de contactos con activistas de distintas regiones del mundo a fin de atraerlos hacia la esfera de influencia de la IC y la puesta en marcha de un centro de estudios anticoloniales para la formación de cuadros en Europa. Petersson subraya también el precio que debió pagar esta organización por el giro sectario del “Tercer Período”: si el Congreso de Bruselas se había desarrollado en un clima de euforia, suscitando el entusiasta apoyo de figuras de la talla de Albert Einstein —nombrado en aquella oportunidad presidente honorario—, Mahatma Gandhi, Jawaharlal Nehru o Romain Rolland, el Congreso de Frankfurt, en 1929, sería el escenario, por el contrario, de una áspera denuncia del “pacifismo reformista pequeñoburgués” por parte de los delegados comunistas —un viraje ultraizquierdista que se traduciría en el abandono de la organización por parte de muchos de aquellos referentes, cuando no en su expulsión lisa y llana—. A partir de 1930, como señala el autor, la LAI “descendió gradualmente hacia su nadir”, en el marco de un proceso de adaptación a la

línea de “clase contra clase” impuesta por Moscú (p. 241). Esta entidad llevaría aún una lánguida existencia durante algunos años, trasladándose primero a París y más tarde a Londres, para ser finalmente liquidada por la IC en 1937. El autor observa, sin embargo, que la experiencia de aquellos primeros años de la LAI sería recuperada mucho más tarde en clave nostálgica, en ocasión de la Conferencia de Bandung (1955), entre cuyos asistentes se contarían no pocos delegados del Congreso de 1927. En este sentido, afirma Petersson, Bandung puede leerse (y así lo hicieron, entre otros, Sukarno y Muhammad Hatta) como una suerte de culminación de lo iniciado en Bruselas. Así, pues, la LAI supuso una experiencia formativa fundamental y una fuente de inspiración para los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo en la segunda posguerra, lejos ya de la tutela de Moscú.

Por su parte, Holger Weiss indaga en la trayectoria de la Internacional de Trabajadores Marítimos y Portuarios (ISH). Esta organización, dependiente de la Internacional Sindical Roja, fue creada en 1930 con el propósito de disputarle terreno a la “reformista” Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (ITF), afiliada, a su vez, a la Federación Sindical Internacional con sede en Amsterdam. Weiss da cuenta de la estructura de la ISH y de su proyección global, y discute la fiabilidad de la “autobiografía” de Jan Valtin (seudónimo de Richard Krebs), titulada *La noche quedó atrás*, verdadero *best seller* que desde su publicación en 1941 —y por lo menos hasta la década del ochenta— había sido considerada como la fuente primordial para el estudio de la ISH. También en este caso, pues, ha sido la “revolución de los archivos” de los noventa lo que ha permitido abordar de manera menos errática la historia de esta organización. La importancia de la misma residía, por cierto, no sólo en su propia función específica como alternativa radical a la ITF, sino en el hecho de constituir una eficaz red de comunicaciones clandestinas entre los núcleos comunistas de Moscú y Berlín y el resto del mundo —una pieza no menor en la política exterior soviética, determinada por la necesidad de anticipar e impedir posibles intervenciones extranjeras contra la URSS—. Aquí también se pone de manifiesto, con todo, una ambigüedad común a este tipo de organizaciones: la ISH mantenía una vinculación directa con la ISR, pero no con los partidos comunistas nacionales con los que, a menudo, según indica el autor, mantenía lazos conflictivos (p. 279). Por otra parte, la llegada de los nazis al poder en Alemania también impactaría fuer-

temente sobre esta plataforma: si bien su Secretariado pudo trasladarse a tiempo de Hamburgo a Copenhague, pronto se revelaría imposible continuar con sus operaciones desde aquel puerto menor y se ensayaría un nuevo traslado a París. Para ese entonces, sin embargo, se trataba ya de una organización debilitada y visiblemente incapaz de ofrecer una alternativa a la “reformista” ITF. A partir de 1934, y en el marco del nuevo giro estratégico que comenzaba a operarse en la IC, la ISH procuraría establecer negociaciones con su archienemiga de la víspera, aunque sin éxito: hacia 1937, los últimos fragmentos de esta formación se disolverían en la ITF.

En el último capítulo del libro, Weiss ofrece un panorama general de la historia del Comité Sindical Internacional de Trabajadores Negros (ITUCNW), otra organización ligada a la ISR —y subordinada a la ISH— nacida también en Hamburgo en 1930. El autor advierte que la historiografía ha tendido a encuadrar la movilización anticolonial y antiimperialista de los pueblos africanos y afroamericanos en el marco del panafricanismo. Tal era, sin duda, el caso de los movimientos dirigidos por W. E. B. DuBois y Marcus Garvey, pero no puede decirse lo mismo de la ITUCNW, dado que la misma se proponía organizar a los trabajadores negros sobre una base estrictamente clasista. En este sentido, Weiss destaca las constantes diatribas de la dirigencia de la ITUCNW contra el panafricanismo, al que consideraba una desviación “reformista”. El hecho de que George Padmore, secretario de esta organización, se haya alejado de ella en 1934 para convertirse él mismo en uno de los principales referentes del panafricanismo ha podido crear, sin duda, cierta confusión al respecto. Las redes articuladas por Padmore serían luego ampliadas, por cierto, fuera de la órbita de la ISR, y su labor cristalizaría años más tarde en el Congreso Panafricanista de Manchester (1945). De este modo, como observa el autor, “si la conferencia de 1945 tuvo una agenda panafricana, su estructura era ‘bolchevique’” (p. 326). Al igual que en el caso de la LAI, pues, puede decirse que la ITUCNW perduró como una experiencia formativa crucial para numerosos activistas e intelectuales africanos y afroamericanos. En este caso particular, la ruina de la organización sería precipitada por la pasividad y el silencio oficial de Moscú en tiempos de la agresión italiana contra Etiopía: la prioridad del régimen soviético era mantener relaciones cordiales con Italia frente al inquietante rearme alemán. En dicho contexto, sería la propia ITUCNW la que intentaría, sin éxito, recuperar la bandera de la lucha antiimperialista, pero las encendidas críticas de Padmore y otros referentes al abandono de los

pueblos africanos por parte de la URSS augurarían la desintegración de buena parte de sus redes. La ITUCNW sería finalmente desguazada en 1937; su suerte reproducía, en cierto modo, la de la ISH, pues en ambos casos se trataba de iniciativas surgidas en el marco del “Tercer Período” —criaturas que no podían sobrevivir en la nueva atmósfera del VII Congreso de la IC—.

Como ha observado con acierto Fredrik Petersson en relación con la LAI —aunque su razonamiento puede extenderse a los restantes casos considerados en este libro—, es sin duda posible concluir que se trató de una experiencia tan fructífera como fallida, pero “la cuestión es si es posible (o incluso lógico) hallar respuestas mientras se contempla a la LAI como un éxito o como un fracaso” (p. 246). En otras palabras, incluso si estas organizaciones fueron primero coartadas en su desarrollo y, por fin, reestructuradas y aún desmanteladas por la burocracia estalinista, sus ecos en las décadas siguientes pueden rastrearse en la consolidación del movimiento panafricanista, en la Conferencia de Bandung y el Movimiento de Países No-Alineados, en la emergencia de ONGs humanitarias internacionales y, de manera más general, en la construcción de un imaginario global. Es en este sentido que el estudio de estos puntos periféricos del “sistema solar” soviético resulta de gran interés, no sólo desde el punto de vista de una historia del movimiento comunista —historia que deberá pensarse, en adelante, en términos globales—, sino también en el contexto más amplio de la historia social, política y cultural del siglo XX.